VIERNES 24 DE ABRIL, 2020

HOLA LUPITA:

Disculpa por no responder de inmediato la pregunta que me hiciste a través del what sapp, pero no es breve lo que tengo que contarte. Estoy bien por ahora, estos últimos días he despertado cuando aún está oscuro y las cosas de mi habitación son solo manchas negras sin ninguna definición, entonces doy vuelta en la cama y comienzo a respirar hasta que una grata sensación de alegría me empieza a invadir, un brillo cálido comienza a perfilar los objetos que me rodean: amanece. Ya con un café en la mano, enciendo la televisión, los noticieros han dejado de existir y muy pronto las carcajadas llegan una tras otra mientras miro dos programas de comedia del país vecino que el día de hoy no me parece tan poderoso, me doy cuenta que reír me hace feliz y me pregunto desde cuándo no sentía esa sensación tan placentera que me invade en estos días, no puedo creer que sentada en el sofá de mi casa me encuentre en medio de una extraña guerra en la que no hay ni lluvia de balas mortales ni bombas estruendosas ni incendios destructores de ciudades, pero en la que los campos de batalla se multiplican por todos lados colocándose en muchos frentes, bombardeando desinformación, miedo y terror en el espíritu y el ánimo de las personas.
Mi posición es la de muchos, ser civil sin posibilidad de exilio porque del planeta no puedes escapar, y enfrentar este combate contra un inoportuno enemigo que está rompiendo fronteras y asaltando naciones: el virus CD19. Es esta una batalla por la salud cuya trinchera es la casa en la que vives y en la que hay que permanecer, planeando lo estrictamente necesario para sobrevivir, es un combate que no demanda atravesar campos minados para enfrentar cara a cara al enemigo sino salir solo por provisiones, armado de cubrebocas y gel antibacterial y evadir al enemigo lavándote las manos.
Ahora los generales son expertos en epidemiología y estadística, y mira Lupita que los puedo imaginar diseñando sus estrategias para enfrentar esta nueva guerra, parados frente a un gran mapamundi que va tiñendo de rojo los países que el enemigo va poco a poco ocupando y descubrir que existe una Rusia sin color porque cerró sus fronteras muy temprano. Pero la verdadera batalla la enfrenta el personal de todos los hospitales del mundo, son ellos los héroes que exponen diariamente sus vidas para salvar las de otros.

Las células de esta guerra sanitaria parecen convertirse en fractales de muchas más y diseminarse a los medios de comunicación, a la prensa y al internet; sus esporas parecen reflejarse también en la nada fácil convivencia con los seres que amamos; y en medio del confinamiento descubrirte y ver como florece la guerra contigo mismo y contra todos tus miedos. Pero continúo con la respuesta a tu pregunta, hoy te puedo decir que ya lo sabía, pero nunca le hice caso a la intuición, todo empezó cuando se nos descompuso la máquina de impresión fotográfica y el negocio se apagó como cuando se gasta el pabilo de una vela y nos deja en una sorpresiva oscuridad. Los días decembrinos iban pasando y el ingeniero que arreglaría la impresora no llegaría a la ciudad hasta Enero. Por esos días mi esposo y yo

despertábamos muy temprano y sin dejar de preocuparnos por la llegada del técnico, mirábamos el noticiero como siempre: como si todo lo que sucediera estuviera sucediendo en un espacio lejano y remoto, solo sabíamos que se acercaba la temporada navideña en la que la gente celebra todo y que había que imprimir muchas fotografías y que si no reparábamos a tiempo la máquina, podríamos enfrentar una seria crisis económica. Así que cuando lo supe me quedé fría: una nueva epidemia había brotado en una ciudad de China llamada Wuhan, sentí temor pero asumí que esa lugar estaba tan remoto como el tiempo en el que algo similar pudiese suceder aquí.

En medio de la quietud y el silencio de las máquinas, nuestros clientes, cuya economía depende también de la fotografía, llegaban uno tras otro y en un acto de lealtad y generosidad, nos dejaban trabajo esperando recibirlo impreso para Enero; cientos de caras felices en bautizos y comuniones, vestidos de bodas, radiantes jóvenes de quince años; niños enfundados en disfraces navideños de festivales escolares esperaban ser fotografías sin sospechar que el destino barajeaba las cartas ante el aumento de infectados y muertos en China.

La generosidad y la solidaridad de nuestros amigos y familia restante fue la bandera con la que iniciamos la operación del laboratorio en enero, el trabajo llegaba y llegaba en grandes cantidades, imprimíamos eventos sociales, fotografía escolar y todos esperábamos como se anuncia siempre en las tarjetas navideñas, un próspero año nuevo. Y aunque el virus ya tenía un nombre y comenzaba a dispersarse vía los aeropuertos en Europa y alguno que otro país en América, veíamos expandirse por el planeta una epidemia que, sentíamos, seguiría sin afectar a México.

Las blancas paredes del laboratorio parecieron darle color a la tez morena del cliente con el que platicaba aquella mañana de los primeros días de febrero.

-Dicen que pronto cerrarán todas las escuelas-. Detrás del mostrador, vi asomarse en sus ojos una sombre de incertidumbre y miedo y supongo que él vio la misma sombra en los míos porque agregó que las decisiones de cerrar escuelas no las tomaban los maestros y que la maestra que le había anunciado el posible cierre no sabía nada, que solo eran suposiciones. Nos miramos unos instantes, ya no era una intuición, como cuando enfocas el objeto para fotografiarlo, ahí estaba, era la guerra que se acercaba inminente con todo el daño humano y graves repercusiones económicas, nos miramos y callamos.

Al día siguiente abrimos los ojos para enterarnos que el bicho estaba infectando a miles y causando muchos muertos en Europa y en América, con el vecino Estados Unidos. Cada quien su percepción, cada quien su discurso, cada quien sus intereses, era la pauta que daba el ritmo a esta confusión.

Sin saber realmente qué era el coronavirus y sin saber cómo comportarnos ante una pandemia, el 28 de febrero se presentó el primer caso de Covid en nuestro país, marzo inició con guerras declaradas y ataques frontales de políticos defensores y políticos atacantes por diferencias en decisiones económicas y sanitarias, mostrándonos que ponerse de acuerdo no es nada fácil cuando se lastiman intereses personales, nada nuevo; en otro frente y también entre polémicas, se planeaba una gran marcha y un paro nacional de

actividades donde las mujeres utilizarían las calles como escenario para mostrarle con ferocidad a los hombres del mundo que las mujeres si tenemos el valor y dignidad, por si sus madres no les habían explicado esto en el santo seno del hogar y como cerecita en el pastel de la absurdez, aparecían brotes de agresiones por todo el mundo contra gente inocente de ojos rasgados.

El domingo ocho de marzo mientras nos encontrábamos en la sobremesa del almuerzo, mi esposo salió de la habitación y dijo sin emoción:

-Hubo un incendio en la zona del negocio, pero no fuimos nosotros, fue un negocio de los de enfrente. Su falta de empatía con nuestros vecinos comerciales mostraba un espectro de la arrogancia que después veríamos muy de cerca: a nosotros no nos pasa eso, a los demás sí, pero a nosotros no.

- Además no podemos ni acercarnos, la marcha de las mujeres está en todo su esplendor, -dijo- y el domingo siguió su curso y ni el incendio ni la naciente pandemia nos impidió disfrutarlo.

Al día siguiente el caos estaba presente en esa zona del centro, el incendio había sucedido en la planta baja de un viejo edificio de los años cincuenta, la tienda que ahí se encontraba había quedado completamente achicharrada y un penetrante olor a quemado subía más allá del primer piso donde nuestro negocio sin luz y sin agua permanecía inocente ante el siniestro.

Durante los siguientes días me encontré ya dispuesta a luchar, como empresaria, ama de casa, esposa y abuela, como casi cualquier mujer de este país, sabía que había que planear estrategias para enfrentar los estragos de la pandemia, cuyo nombre dejo de asustarme. Así que sin conocimiento previo porque ni las películas ni los libros sobre historias de guerra te dicen cómo comportarte, asumí que había que resguardar provisiones y recordé que las papas habían salvado de morir de hambre a mucha gente en Europa durante la segunda guerra y corrí al supermercado donde encontré una gran cantidad de compradores que como yo se preparaban para lo inminente, al ver los anaqueles casi vacíos nunca dudé en que se estuviese guardando mercancía para venderla más cara después; una gran cantidad de hombres y mujeres conducían sin poder ver el camino un carrito atiborrado de enormes paquetes de papel de baño, supuse que la desmedida compra era su percepción personal sobra la manera en que las guerras se enfrentan; en alguna de mis memorias algún abuelo me contó que en las guerras se pasa hambre y que para la supervivencia es necesario comer aunque sea lo mínimo, así que me enfoqué solo en las provisiones y en su duración, ¡ah! y en un pequeño paquete de papel sanitario, no encontré ni papas ni frijoles.

Sin tener electricidad ni agua aún en el edificio y con la operación del negocio suspendida, pude casi llenar la despensa de alimentos imperecederos, el refrigerador se vio superado en su capacidad, así que corté  verduras y las congelé en bolsas; pensé también en cocinar para muchos días, una extraña emoción mezcla de miedo, incertidumbre y ganas de tener comida para todo el tiempo que duraría la guerra me invadía, saque una cacerola para cocinar una gran paella que me duraría semanas, -eso pensaba Lupita, créeme-, pero el sabor del chorizo de mala calidad que había comprado por ahorrar dinero invadió la

paellera y penetró en la carne de pollo y cerdo; no tuve que ponerle azafrán, aquello ya tenía un color rojo incapaz de admitir ningún amarillo. Tres días después tiré el alimento y me prometí ser mesurada en la preparación de alimentos.

Muy pronto, el miércoles 18, mediante las conferencias vespertinas del subsecretario de salud, supimos del primer muerto por CD19 en este nuestro México. Se suspendieron primero las clases en las escuelas porque las universidades, en apoyo a una justa lucha por la equidad entre profesores y alumnas, ya habían cerrado sus instalaciones con anterioridad; días después nos conectaron la luz en el edificio pero no el agua, y ahí estábamos en plena emergencia sanitaria, atendiendo gente y sin poder lavarnos las manos. La jornada de Sana Distancia exigía cerrar negocios cuya actividad no fuera esencial para la vida. Pero acaso se puede dejar todo de la noche a la mañana, suspendido en el tiempo…

Recuerdo que cuando era niña una de mis fantasías era ver el centro de la ciudad vacía de personas pero con todas las tiendas abiertas, brillando con la luz de los escaparates y de los anuncios, entonces me deslizaba yo por ahí y sin pena alguna entraba a las joyerías y sacaba las joyas de sus estuches y me las ponía encimando una tras otra y de repente ahí estaba yo resplandeciendo con las joyas como una reina en short sin manto y sin corona que entraba de una tienda a otra sin que nadie la mirara. ¿Te parecería, Lupita, que la próxima sesión habláramos sobre ello?

Así que mientras la autoridad exigió el cierre de todos los negocios del centro, la administración del edificio, creo que con culpa por el incendio y no para que juntáramos pronto dinero y pagarle la renta, decidió permitirnos trabajar durante tres horas en la madrugada y con las ventanas cerradas. La maquinita de impresión de fotos trabajaba a todo lo que daba, sin parar como si supiera que había que llegar de urgencia a algún destino, imprimiendo y entregándolas a los clientes que esperaban su trabajo en la clandestinidad de un edificio cerrado.

Nuestra aventura duró hasta los primeros días de abril, cuando con casi dos mil quinientos afectados y ciento veinticinco muertos iniciábamos la semana santa huérfana de festejos y vacaciones. Entonces apagamos la máquina, desconectamos todo y cuando echábamos llave a la puerta del negocio sin palabras, despedimos sin palabras a José, el empleado que abandonó el edificio con nosotros mientras nos decía:

-Yo entiendo, no se preocupen -dijo- cabizbajo. Pero que entendía José, que su lealtad estaba siendo pagada con el abandono a su suerte, así sin negociaciones laborales, sin pleitos, dado de baja en el seguro social, sin esperanzas de cuándo volver a trabajar. Lo vimos marcharse por el camino contrario al nuestro. Supongo que así es en las guerras, cuando ya no puedes con el compañero, lo abandonas y sigues adelante. Sentí un nudo en la garganta, el mismo que ya conoces y esta vez sí lloré y mucho mientras la figura de José se hacía pequeñita en las céntricas calles del centro al alejarse a de lo que hasta ahora había sido su vida laboral al lado de nosotros.

Y aquí estoy ahora finalizando abril, desde esta trinchera solo disparamos contra el gas y el internet, y nos atrevemos a salir por comida, cuando vemos al enemigo de las rentas, nos damos vuelta y resbalamos por la trinchera muy despacio y nos quedamos calladitos y apenas si respiramos para que nos encuentren. Las técnicas de combate son la austeridad y la administración del poco dinero que llega a caer porque estamos vendiendo cosas que teníamos de más. Pienso en José y un hondo dolor me invade, no sé en qué zona de guerra se encuentren ni bajo qué condiciones, pero de algo estoy segura, tendrán que desarrollar igual que yo, el instinto de supervivencia. Estoy aprendiendo a vivir con austeridad y a administrar el poco dinero que nos queda, solo disparamos contra las facturas del gas y el internet y nos escondemos de las bombas de las rentas. Las reservas gubernamentales tardan en llegar o de plano no llegan hasta acá.
Nos hemos amotinado en el departamento con mis dos hijos, mi nuera y mi nieta de seis años y aquí libramos una guerra más alcanzo a ver mis más grandes errores y defectos en la convivencia diaria con ellos; establecí rígidas reglas que cambié a los dos días porque mis "afectos" se volvían contra mí; nos estamos inventamos diario tratando de establecer una rutina que parece no llegar nunca porque todo cambia a diario, unos días despertamos temprano y otros muy tarde, a veces comemos a la hora y otros a las diez de la noche, las reglas y las rutinas se fueron al infierno.
Atentos desde un principio a las conferencias vespertinas de la Secretaría de Salud, iniciamos una estadística de los nuevos casos y defunciones, quizá con la mágica idea de que al saberse observados, los números no crecerían tanto. Pero las cifras crecían.
El 21 de abril con 9,500 contagiados y 857 muertos se declaró la fase tres de esta emergencia sanitaria: las cifras de infectados y muertos aumentarían significativamente, se saturarían los hospitales y los médicos tendrían que tomar la decisión de a quién sí y a quién no, salvarle la vida al asignarle un respirador. Se exigió cerrar los negocios que aún continuaban abiertos y permanecer en casa. El miedo permea hasta el tuétano y aun así podíamos ver mucha gente en la calle y en el metro sin cubrebocas ni protección alguna; cerca del metro San Antonio Abad, donde vivo, las prostitutas deambulan a escondidas y algunos hoteles permanecen abiertos; otros negocios tienen la cortina a medio cerrar y hay muchachos que en grupos van y vienen con la arrogancia de "a mí no me pasa nada"…, sin comprender que con sus acciones todo podría salirse de control, de un control que a mi parecer está bien dirigido por nuestras autoridades de salud.
También comenzamos a ver de cerca el comportamiento del bicho, "en la colonia de mi hermana cercaron el área como si fuera una escena del crimen y sacaron en camilla a una persona encapsulada para llevarla al hospital", " el amigo doctor que llegó de una conferencia en el extranjero presentó síntomas y ahora está intubado y lo peor es que alcanzó a contagiar…", - mi sobrino de cuarenta años murió en Maryland cuando le dio tos y después ya no pudo respirar; mi primo el de Nueva York que trabajaba en un restaurante asiático estuvo tres días con temperatura hasta que ya no pudo respirar y tuvo que llamar a una ambulancia. Me contó también que dos de sus colegas ya han muerto"; supe de jóvenes mujeres trabajadoras que cuando llegaban a casa, su madre las rociaba de desinfectante de pies a cabeza y las metía al baño; lo más alarmante que escuché fue el discurso de una vieja conocida sesentona que vive en Florida: "si no tienes miedo y sigues saliendo tú o tu familia morirán con toda seguridad", la frase reflejaba un miedo aterrador pero no al virus, sino a la vida misma.

Así que así estoy Lupita, hasta no hablarlo en nuestra próxima terapia, me parece que en mayo, cuando nos enfrentemos a lo más agudo del coronavirus, la grandeza de la solidaridad humana podrá empequeñecer a la pandemia;  mientras tanto estoy aprendido a vigilar lo que pienso y lo que hablo y solo me permito trasmitir entusiasmo y alegría; he entendido que las reglas pueden ser flexibles y en armonía con el pensamiento y el sentir de los demás si no, no sirven; ahora sé que las cuarentenas tienen más de cuarenta días, les quito la envoltura a libros comprados en el pasado y leo todo lo que puedo, trato de ver el máximo de videos que siempre quise ver y hago planes futuros esperando con todo el alma poder expresar a finales del mes: coronavirus te puedes ir, ya no te necesito más.

Guille Acosta
Jueves 30 de abril del 2020
Día del Niño.